

ACEVEDO, JORGE

Ortega, Renan y la idea de nación

Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2014.

Con su habitual precisión, el filósofo Jorge Acevedo elabora las ideas de Ortega y Gasset sobre el concepto de nación. Junto con recordar a su maestro Francisco Soler, un apasionado tanto de Heidegger como de Ortega (cuyas inolvidables lecturas comentadas de “Ser y Tiempo” fueron inspiradoras para muchos de nosotros) y aportar una iluminadora traducción de una famosa conferencia de Renan, este breve libro tiene la virtud de la exactitud en las reconstrucciones conceptuales, en las oportunas referencias cruzadas y en la destilación purificada de un pensamiento inspirador. Lejos de constituir una preocupación con ideas que dejaron de ser moda, precisamente libros como éste las vuelven a la vida. Al fin de cuentas, la moda es también una forma de presencia. Suele imponerse por esas veleidades del cuerpo social que premia lo popular o lo exitoso sin necesariamente considerar lo permanente. O bien, acontece cuando lo urgente desplaza a lo importante. Por difícil que sea separar ambos, cabe preguntarse si lo importante es aquello que tiene un carácter de futuro viable.

Cuando se afirma, como en muchos lugares de este texto, que ni la etnicidad ni el lenguaje ni la tradición fundan en realidad lo que es una nación, sabe aceptar el aserto si se considera la realidad histórica. Pues no hay país, ni menos imperio, de los que registran los libros, que no haya sido multiétnico, multicultural y multitradicional. Lo que cohesiona y une, debe concluirse, no es tanto el pasado sino un proyecto incitativo común, algo que galvanice las voluntades hacia un futuro en común. Futuro en modo alguno asegurado ni estable, pues debe ser construido cada día. La nación, decía Renan, es un plebiscito cotidiano. Afirmación que también repite Machado y que, de muchas maneras, está presente incluso en el imaginario colectivo.

La pregunta que se hace el lector ingenuo es quien propone, construye o impone ese proyecto. He ahí la principal observación que una idea como ésta sugiere. Los grandes líderes carismáticos lo gestan por su sola voluntad individual. Las democracias representativas a través —supuestamente— de propuestas que consiguen respaldo ciudadano. Ninguna de ambas formas de gestar proyectos asegura su estabilidad si no están asociadas a alguna forma de poder. Pues el poder es el factor que aún y cohesiona voluntades. Inevitablemente, la discusión debe derivar hacia una reflexión sobre el poder. Pues es este factor de la vida social el que asegura fidelidad o lealtad al proyecto nacional.

Cabe preguntarse, asimismo, si esa dimensión incitativa, y el poder que debe irle anejo, se pueden construir a cualquier escala. De hecho, la idea imperial no se concibe sin que sea una amalgama de diferencias. Cuando los imperios se desmembran, los síntomas de su descomposición se atisban en sus márgenes. Sean estos geográficos o sociales, son los disidentes o los descontentos los que minan la autoridad central y la ponen en jaque. Cualquier innovador, decía Maquiavelo, encontrará dos dificultades. Tendrá partidarios tibios al comienzo, pues el triunfo es un poderoso estímulo para la adhesión y nadie lo asegura en los inicios. Y tendrá opositores fuertes, contentos y satisfechos con el estado de cosas que viven en el presente.

Para una ética social, la idea de un proyecto incitativo es de considerable valor. Al final de cuentas, el sentido común, la moralidad cotidiana, se funda siempre en tradición y costumbre. Sólo después que se aplica la razón a los asuntos públicos (y la razón siempre ha fallado y ninguna paz perpetua se ha construido sobre su base) se puede dar fundamentos a aquello que emotivamente se intuye y se acepta.

Este libro de Acevedo es una valiosa reconstrucción del pensamiento orteguiano en torno a un tema que nos preocupa cada vez más. Nacionalismos exaltados, separatismos, luchas armadas, opresión,

tienen en alguna de sus facetas lo nacional como estandarte de lucha. Solamente que cabe la sospecha que de nacional, como de humano, hay muchas formas y que la heterogeneidad del fundamento es más de regla que lo homogéneo y abarcable de una sola mirada. Quizá los ciudadanos corrientes, al ser preguntados, tendrán respuestas disímiles. Y estas diferencias emergerán, probablemente, del sitio que ocupen en sus grupos y sociedades. Lo que parece ser una constante es, como ya lo dijo Burckhardt al hablar de la invención del Estado, es que se trata de una construcción cultural. Como agudamente señala este texto, apostilla a pensadores eminentes, es que en realidad los fundamentos biológicos y culturales pueden ser más obstáculo que apoyo para construir la idea de nación. Y que, para bien o para mal, lo que llamamos nación será siempre una estructura artificial, de humana factura, fruto de la imaginación colectiva que se proyecta hacia el futuro y hace de él su hogar ideal.

Fernando Lolas Stepke